

DOMINGO III DE ADVIENTO (B)
Homilía del P. Jordi Castanyer, monje de Montserrat
14 de diciembre de 2008

Queridos hermanos: dos temas atraen hoy, en este domingo III de Adviento, nuestra atención. Por una parte, la alegría que empapa de cabo a rabo los textos que vamos cantando, orando y leyendo en esta liturgia; de la otra, la figura tan sugerente de Juan el Bautista, el Precursor. No es que sean dos aspectos aislados; para darnos cuenta de ello sólo tenemos que recordar que ya en las entrañas de Isabel, su madre, Juan saltó de entusiasmo al notar la presencia de Jesús en las entrañas de María. La austeridad proverbial de Juan no sólo no está de ninguna manera reñida con la alegría; más bien puede ser un signo, un indicio.

Hoy, sin embargo, lo que más sobresale del texto evangélico que hemos leído no es ni la austeridad ni la alegría de Juan sino su claridad, la firmeza, la humildad o, lo que es lo mismo, su realismo. ¿"Tú quién eres? "Yo no soy el Mesías"... "soy una voz que grita en el desierto". Más adelante será él mismo, Joan, quien desde la prisión enviará a unos discípulos suyos a interesarse por la identidad de Jesús: "¿Eres tú el que tiene que venir o tenemos que esperar otro?". Hoy, sin embargo, es él, el interrogado, Juan: "Para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado: ¿qué dices de ti mismo"? Y Juan les dice quién es: un testigo, un enviado, para dar testimonio de la Luz, un testigo de Cristo; y les dice también qué no es, sin ninguna reserva: ni Elías ni el Profeta; él mismo no era la Luz, venía sólo a dar testimonio. Y les dice, todavía, que aquél a quien buscan lo tienen, sin conocerlo, en medio de ellos. El evangelista que nos narra este pasaje nos resumía todo eso de manera magnífica al inicio del fragmento de hoy: "Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan". Era un testigo; vino a dar testimonio de la Luz, para que por él todo el mundo llegara a la fe".

¿No oís, hermanos, resonar en nuestras vidas, en la de cada cristiano, en la tuya, en la mía, en la vida de nuestras comunidades, en la vida de la iglesia, esta misma pregunta hecha a Juan: "¿Tú quién eres?" Y con una insistencia que no deja escapatoria: ¿"quién eres, pues"? ¿Y más adelante, aún, después de haber afirmado lo que no somos, "pues, ¿quien eres"? No podemos rehuir de ninguna manera, una cuestión así. Siempre el cristiano tiene que estar a punto para dar razón de su fe y de su esperanza; con los labios y con la vida; y sobre todo, como Juan, con firmeza, con claridad, con realismo, es decir, con una profunda humildad. No somos la Luz; somos, tenemos que ser, testigos. No somos Cristo -no somos la Verdad, no somos la Vida-, somos humildes servidores, buscadores infatigables y esperanzados porque sabemos y creemos que, a veces sin reconocerlo -y éste es el drama y el escándalo- a Cristo lo tenemos entre nosotros. Y éste también tiene que ser nuestro testimonio, la gran predicación de la Iglesia: por una parte decir al mundo -y todos somos del mundo- que por creyentes que seamos estamos también en camino, en búsqueda, conscientes de nuestra indignidad -ni dignos de desatar la correa del calzado; por otro lado, indicar claramente los caminos del Señor, aplanarlos, no oscurecerlos ni hacerlos más pesados, proclamar que el Señor está cerca, en medio de este mundo que a tientas busca y pregunta: ¿tú quién eres? y ¿cómo lo dices, quién eres tú? y ¿cómo vives para que yo entienda quién realmente eres?

Hacerse esta reflexión a las puertas de la Navidad, y concretamente, hoy, nos sugiere que la alegría, el gozo, es una característica de quien vive la presencia del Señor. Al empezar la Eucaristía cantábamos: "Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito: estad alegres", y acabábamos el canto con la causa, la razón, de esta alegría: "El Señor está cerca". Alegría que pedíamos también en la oración: que pudiéramos celebrar la Navidad con alegría desbordante. Nuestro mundo de hoy, y nuestra Iglesia,

necesita de veras tanto un llamamiento a la responsabilidad, a la exigencia, a la coherencia, como un llamamiento a la alegría, a la esperanza. Una esperanza y una alegría que no son fruto de ninguna evasión sino fruto de la apertura al don de Dios. Hace falta que lo tengamos bien en cuenta en estas fiestas que se acercan.

Que nuestra Eucaristía de hoy sea un auténtico himno de acción de gracias porque Dios se nos hace presente como Palabra que creemos y como Pan y Vino que comemos con fe.